

# 1 Antes

**Índice** 1.1 Mientras tanto –de este lado– al sur. – 1.2 En la frontera. Historia y ficción.  
– 1.3 Desde la poesía.

## 1.1 Mientras tanto –de este lado– al sur

Es tarea ímproba establecer un punto de origen. ¿Dónde ubicarlo? La decisión puede ser conflictiva, pero, sin dudas, es tanto arbitraria como funcional. En este caso particular, no puedo menos que desestimar la tan lamentable y trillada frase, «Los argentinos descienden de los barcos». Un ‘lugar común’ que seduce como metáfora, pero omite y/u oculta la compleja génesis de la población de la República Argentina, país que nos convoca en este proyecto conjunto.

Podríamos comenzar señalando que el territorio americano en el que hoy está inserta Argentina fue habitado desde hace aproximadamente 12000 años. Los primeros pobladores descendían de aquellos provenientes de Asia que pasaron por el Estrecho de Bering y fueron ocupando principalmente la zona del sur de América del Norte, América Central y América del Sur. Es difícil determinar con precisión costumbres y usos; sin embargo, se ha comprobado que vivían en cuevas, ubicadas mayormente en la región patagónica donde aún hoy deslumbran los rastros de pinturas rupestres; uno de los testimo-

---

nios más antiguos de su cultura en la época prehispánica. Las figuras son escenas de caza, persecuciones de animales, figuras humanas, manos, figuras geométricas, etc. El resto del país fue habitado por comunidades dedicadas a la caza y/o a la pesca según las zonas que habitaban. Construían sus propios instrumentos de caza con piedras, y trabajaban la arcilla para la alfarería, como vasijas y otros objetos que tallaban con hendiduras y coloreaban con color rojo. Recolectaban frutos y en zonas fértiles cultivaban. Lentamente, con el correr de los siglos, las distintas comunidades se fueron agrupando y llegaron a conformar regiones, en las que avanzaron con sus artes pictóricas, artesanías, arquitectura, caminos, técnicas de cultivo y cría de animales para el sustento comunitario según las distintas comunidades. Por ese entonces, y según el estudio de las tumbas, la población se dividía entre guerreros, artesanos y agricultores dentro de una clase social relativamente homogénea con cultos y rituales compartidos.

Entre fines del siglo XV y mediados del siglo XVI, los Incas que originalmente estaban radicados en la zona del Alto Perú y la zona del altiplano avanzaron sobre las laderas y valles de las provincias del noroeste argentino. La dominación y expansión inca fue pacífica pero no ajena a cambios; y dada la heterogeneidad de los pueblos originarios, los historiadores expresaron diversas interpretaciones.

El encuentro entre sociedades afines, que habían estado en contacto antes de la expansión inca, dio como resultado un fenómeno complejo que algunos estudiosos consideran como la imbricación cultural y otros de ruptura. El aspecto más importante de la expansión inca fue su carácter, puesto que quienes la sostuvieron eran contingentes ya conquistados que eran desplazados de sus lugares de origen a nuevos territorios (Lobato, Suriano 2000, 29).

A fines del siglo XV, España y Portugal se empeñaron en encontrar a través del mar una ruta que los llevara a Oriente. Ambos países contaban con experiencia marítima y elementos de tecnología avanzada para la época que facilitarían los viajes; la carabela fue fundamental, liviana, amplia y segura, así como también los avances en la astronomía y la cartografía. Es un tema recurrente en manuales y tratados de historia el que describe y reflexiona sobre las distintas expediciones y sus equívocos y los arribos sucesivos a distintos puntos de América, desde México hasta el sur de América del Sur incluyendo, dado está, el Caribe; paraíso que deslumbró a Cristóforo Colombo en 1492.

Me interesa, sin embargo, acercarme a las distintas llegadas de expediciones al Río de la Plata que se sucedieron en busca de metales preciosos a sabiendas ya de que esta tierra no era el Oriente de las especias, pero era rica en oro y plata. Las torres de la plata y del oro que aún hoy lucen fulgurantes en Sevilla a la vera del Guadalquivir, donde se acumulaban los cargamentos de los respectivos metales

que rebalsaban de las bodegas de las carabelas en sus viajes de retorno, dan cuenta de la riqueza que los americanos aportaron a España.

Uno de los adelantados con final trágico, pero inmortalizado por uno de los poemas más leídos, y si se me permite, más bellos de Jorge Luis Borges,<sup>1</sup> fue Juan Díaz de Solís, avezado navegante y cartógrafo, a quien la corona española encomendó una misión secreta a los efectos de avanzar sobre el sur de Brasil en la puja entre españoles y portugueses sobre esas tierras. Solís parte del fondeadero de Bonanza el 8 de octubre de 1515 y llega al estuario del Río de la Plata a principios de 1516. Asombrado por la extensión de este accidente geográfico costero, tras comprobar que sus aguas eran dulces, lo denomina Mar Dulce. Solís desembarca en las costas orientales del río junto a otros miembros de la tripulación y muere bajo las flechas de los charrúas, una comunidad originaria bravia que dominaba la zona rioplatense del Uruguay. Algunos historiadores sostienen que fagocitaron su cuerpo.<sup>2</sup>

En 1527, en busca de la famosa Sierra de la Plata, la expedición de Sebastián Gaboto (1476-1557) llega a la desembocadura del Río de la Plata y sin detenerse en sus costas, remonta el Río Paraná, llega hasta Paraguay, pero antes, a la altura de la desembocadura de otro río santafesino, el Carcarañá, funda el fuerte Santi Spiritus; primer asentamiento de población española en la Argentina. Esta es una zona cercana a la bella e importante ciudad de Rosario en la provincia de Santa Fe, famosa por la *bagna cauda* y otras exquisiteces culinarias heredadas de las comunidades de inmigrantes de importante tradición; entre ellas las del Piemonte.

Volvemos al siglo XV-XVI, y confirmamos que España, siempre interesada en adelantarse a los portugueses, encomienda a Pedro de Mendoza (1499-1537) explorar una extensa zona de América del Sur, en particular, aquella comprendida entre los paralelos 25° y 36° de norte a sur y del Atlántico al Pacífico.

En 1535, alentado por la codicia de encontrar la Sierra de la Plata y El Dorado,<sup>3</sup> Mendoza llegó al Río de la Plata y fundó en su margen occidental un asentamiento base que fue considerado la primera fundación de Buenos Aires, llamada Santa María de los Buenos Aires en honor a la virgen que protegía esa expedición. Parte de la tripulación, coman-

---

1 «¿Y fue por ese río de sueñera y de barro que las proas vinieron a fundarme la patria? | Irian a los tumbos los barquitos pintados | entre camalotes de la corriente zainna. || Pensando bien la cosa, supondremos que el río|era azulaje entonces como oriundo del cielo|con su estrellita roja para marcar el sitio |en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron. | [...]» (Borges [1926] 1943, 122).

2 Pigna, F., «El trágico final de Juan Díaz de Solís en el Mar Dulce: ¿lo comieron los charrúas?», *Clarín*, 2 de diciembre de 2020, <https://tinyurl.com/mrhtwjux>.

3 Estas expediciones fueron material de dos films de sostenido suceso, *Aguirre, la ira de Dios* (Werner Herzog, 1972) y *El dorado* (Carlos Saura, 1988).

dada por Juan de Ayolas (1510-1538), continuó remontando el Río Paraná y, dada la destrucción de Santi Spiritus, fundaron La Candelaria en las puertas de Paraguay. A pesar de la muerte de este comandante en un enfrentamiento con los indios guaraníes, la expedición siguió por tierra, cruzando la selva chaqueña (en la actualidad, provincias argentinas de Chaco y Formosa) y fundó en 1537 Asunción, actual capital de Paraguay. Estas dos fundaciones fueron importantes porque los adelantados consideraban que estas bases eran más seguras que las de la boca del Río de la Plata para su supervivencia, y además suponían que los minerales se concentraban en el camino al Perú. Así entonces, la base de Buenos Aires fue abandonada hasta que consideraron que necesitaban una salida pronta al mar para comercializar los productos que iban acumulando o para recibir los refuerzos que traerían desde España otras campañas y fundamentalmente, tener controlado el paso marítimo por si sucedieran embestidas portuguesas.

En 1580 sucede la segunda fundación de Buenos Aires comandada por Juan de Garay (1528-1583) quien proveniente de Asunción ya había fundado en 1573 la Ciudad de Santa Fe a las márgenes del Río Paraná. Garay se encargó de proveer a Buenos Aires población mestiza, que derivaba de las relaciones entre indios y españoles; provisiones para la siembra de cereales y pasturas y, además, ganado vacuno y equino que se reprodujo con celeridad en las praderas que también se utilizaron para siembra y cosechas.

Para ese entonces el dominio de los españoles a los pueblos originarios se había consolidado y el trabajo forzado y de explotación, en las llamadas *encomienda*, *mita* y *yanaconazgo*,<sup>4</sup> eran consideradas naturales y pertinentes en beneficio de los españoles.

Fue obra de Garay el diseño del ejido urbano de Buenos Aires en forma de cuadrícula, la ubicación de los edificios principales y la distribución de tierras para el cuidado y reproducción de ganado. Empezó así, en esa época, el comercio de cueros y carne salada desde el puerto de Buenos Aires.

---

<sup>4</sup> De poca diferencia significativa entre ellas, eran instituciones básicas para la economía incipientes de las colonias. En la *encomienda*, la corona a través de un concesionario imponía al indígena un vínculo jurídico forzado que podía extenderse a varias generaciones. Disponían de sus tierras y en general los españoles sacaban provecho personal de tal institución impuesta por la corona española sin cumplir con las obligaciones que esta les encomendaba en relación a la protección y la educación religiosa de los habitantes sometidos. La *mita* se distinguía de la *encomienda* porque los nativos trabajaban por turnos y después podían volver a sus hogares. El *yanaconazgo* se aplicaba a la mano de obra indígena que había perdido contacto con sus comunidades, se los obligaba a prestar servicio permanente sin remuneración alguna. El común denominador de estas tres dimensiones del abuso de poder fue el maltrato y la explotación extrema. La población originaria se redujo notablemente. La iglesia no condenó el maltrato explícito hasta que en 1597 intentó reducir los daños y abusos para encargarse de tomar bajo su área el adoctrinamiento. Habría que recordar que las primeras misiones religiosas se instalaron a partir del siglo XVI (cf. Lobato, Suriano 2000, 53-4).

Durante la persistente incursión de los expedicionarios españoles desde las distintas regiones, muchos pueblos indígenas resistieron, otros se sometieron. La organización originaria, que según las zonas y las etnias se diferenciaban por su heterogeneidad, fue desarticulada. Se instaló una sociedad jerárquica con predominio de blancos y aunque por la Ley de Indias que contemplaba desde 1613 la reducción del trabajo y el correspondiente pago a los indígenas, la diferencia social era notable y el estrato más bajo se compuso sin excepción por ellos. Tampoco era parejo el paradigma social entre los españoles, tenían diferencias de origen en su España natal o de grados, según fueran guerreros, agricultores o artesanos. Es opinión de los historiadores:

Esta fase de la conquista, estuvo cruzada por numerosos conflictos entre los hombres para apropiarse de los bienes: presiones, conspiraciones, traiciones disturbios y guerras privadas fueron un elemento común del período. [...] la apropiación de la tierra y la mano de obra serían fundamentales para la determinación futura de la estructura social y económica de la región. (Lobato, Suriano 2000, 54)

A partir de los siglos XVI y XVII se consolida el asentamiento español y se va estructurando el Virreinato del Río de la Plata. La presencia de la iglesia comenzó a incrementarse a partir del siglo XVI. Su papel en la evangelización de los pueblos originarios fue determinante y en ella contribuyeron distintas congregaciones tales como los dominicos, los franciscanos, los jesuitas. Las primeras diócesis se establecieron en Asunción, Tucumán y Buenos Aires entre 1540 y 1587. Los jesuitas tuvieron mayor predominio; su poder incidía en la organización social, política y cultural de los territorios a su cargo que, alejados de los blancos, abarcaban las cuencas de los ríos Paraná y Uruguay. Son notables hasta la actualidad las Ruinas de San Ignacio Miní en la Provincia de Misiones, llamada así precisamente por las misiones jesuíticas.

El mestizaje de la población, a la que se habían sumado esclavos negros proveniente de África contribuyó a una sociedad heterogénea dentro de los parámetros de jerarquía que se pretendía sostener. Los hijos de los españoles nacidos en estas tierras eran reconocidos como criollos. Tenían sus prerrogativas y se consideraron como hijos de la tierra que los españoles habían forjado para ellos, su Patria. Y si bien la minoría hispánica predominaba en el poder político, los criollos iban ascendiendo socialmente a través del comercio o el negocio con el ganado o, incluso, a partir de su formación intelectual o militar en las universidades o academias españolas. La población indígena era la más numerosa, pero ocupaba un lugar bajo en la escala social. La descendencia mestiza se daba a partir de la relación

entre el blanco y el indígena y si bien legalmente debían tener los mismos derechos que los criollos, en la práctica no se cumplía. Los individuos de origen africano y raza negra, que fueron introducidos al Virreinato del Río de la Plata a partir de 1571 y en general comercializados como esclavos, y aquellos libres eran considerados en un peldaño aún más bajo. En general, trabajaban en el servicio doméstico, en el campo como peones o eran artesanos. Una ley conocida como 'ley de vientres' establecida por la Asamblea legislativa de 1813 determinó que fueran libres aquellos que nacieran después de 1813.

Fue importante la relación entre negros y blancos, estableciéndose así un amplio estamento social, los mulatos, y finalmente la relación entre el indio y el negro estableció el origen del zambo, de escasa incidencia en la población. La heterogeneidad de la población, fundamentalmente en los sectores populares de las capitales o ciudades importantes, va ya dejando un sustrato de rasgos, costumbres y tradiciones diversas que fueron enriqueciendo la formación de las clases medias a lo largo de los siglos.

Las guerras de la Independencia de España, las guerras por las fronteras, las luchas internas, marcaron las décadas del siglo XIX. En 1810, en la última semana de mayo, tiene lugar una revolución que despusna la idea de cortar los lazos con España. La Independencia llega en 1816, sin que se definiera la forma de gobierno. Las guerras de la Independencia finalizaron alrededor de 1820 con campañas militares a cargo de dos de los grandes héroes del período; el primero, Manuel Belgrano, abogado, fue alejado de las intrigas políticas de Buenos Aires y enviado, aunque no fuera militar, a liberar de los españoles las provincias del norte. Su accionar fue y es valorado por su honestidad y compromiso y se lo considera uno de los grandes hombres de una desafortunada historia argentina. Otro gran hombre, militar nacido en Argentina, pero formado en España, fue el General José de San Martín que liberó Argentina, cruzó la cordillera andina y luchó con un ejército precario hasta liberar Chile en 1817; llegó a Perú en 1820 y entregó el mando a Simón Bolívar para la independencia final de América del Sur en 1824.

La revolución y las guerras dejaron marcas en la sociedad de la primera mitad del siglo XIX. La carrera militar fue relevante, la inestabilidad social desbarató y recompuso jerarquías y funciones y en las zonas rurales; los propietarios de tierras y ganado incrementaron su poderío y se aliaron con capitanes y comandantes.

La composición étnica fue modificándose; los blancos mantuvieron su predominio y negros y mulatos fueron descendiendo en porcentaje debido a la disminución del tráfico humano o a las bajas en los ejércitos en los que participaban. La relación de los blancos con los indios fue más conflictiva. El ejército tenía como intención desplazar a los pueblos originarios que habitaban al sur del Río Salado para sumar tierras fértiles a la producción agropecuaria, situación que se con-

cretó en la muy conflictiva Conquista del desierto encabezada por el General Roca que significó entre 1878 y 1879 una verdadera matanza de indios y detenciones de sus caciques. Los años sucesivos fueron teñidos por confusión y anarquía alternados con períodos de paz. En Buenos Aires se crearon nuevas instituciones y fueron mejorando algunas condiciones para cierta prosperidad; aunque siempre estuvo presente la rivalidad entre Buenos Aires y las provincias del interior que formaban la Confederación federal. La unión de ambas partes fue un proceso lento. Recién en 1880 se logró una deseada república unificada a partir de los esfuerzos de tres presidencias: Bartolomé Mitre (1862-1868), Domingo F. Sarmiento (1868-1874) y Nicolás Avellaneda (1874-1880), quienes, aunque tuvieran distintos intereses, distintas ideas y distinto temperamento «tuvieron objetivos comunes y análoga tenacidad para alcanzarlos: cuyos rasgos conformarían la vida del país por muchas décadas» (Romero 1994, 83).

## 1.2 En la frontera. Historia y ficción

En este recorrido a vuelo de pájaro, me interesa detenerme aquí. Mi intención es armar un tablero cuyos cuadros privilegien los momentos donde la ficción se apoyó en ciertos hechos históricos y los devolvió en su calidad de arte que, se sabe, amplía el espectro de reflexión sobre esos mismos hechos. Desdibujando todo límite dicotómico de la historia, quitándole el valor de unicidad en su verdad, el arte muestra sin prejuicios, subraya, sin el compromiso del rigor de los hechos: «La literatura es una forma de hundirse en el fluir de la experiencia para destilar el arte de la ficción» (Piglia 1988, 17).

En principio, habría que notar que, a pesar de la unificación del país, una zona amplia de territorio desconocía el poder del estado y se regía sólo por la autoridad de sus respectivos caciques indígenas. Para contener el avance de los malones a las poblaciones se pergeñó implementar una gran zanja que atravesara el territorio desde la costa atlántica hacia el centro del país; desde lo que hoy es la ciudad de Bahía Blanca, sobre el Mar Argentino, hasta el sur de Córdoba, una provincia mediterránea de este país. Se la llamó Zanja de Alsina porque fue realizada durante el Gobierno de Avellaneda cuyo ministro de guerra fue Adolfo Alsina. El proyecto se le encargó a Alfred Ebelot, un ingeniero civil francés que habitaba en Argentina, cuya postura con respecto a los indios era marcadamente eurocéntrica. Escribe Ebelot en uno de sus artículos publicados en *Revue des Deux Mondes*, el primero de mayo de 1876:

Un sentimiento muy particular es el que se apodera de un francés de nuestro siglo, de este siglo crítico, razonador y ligeramente pedante, cuando se halla en presencia de auténticos salvajes y

los sorprende en todo el ardor de la matanza, el robo y la devastación. Es un sentimiento de horror [...] o más bien de repugnancia, pues la bestialidad primitiva es, vista de cerca, de prosaica fealdad; pero al mismo tiempo se experimenta un conmovido interés, una curiosidad mezclada de piedad. De estos salvajes brutales y feroces de estas razas degeneradas, como se las llama, ¿no será mejor decir que están en plena formación y que su mayor culpa consiste menos en ser salvajes que ser anacrónicos? (Saer 1997, 74)

Ebelot expresa en su artículo una ideología dominante en la historia y en la literatura argentina de los siglos XIX y XX; regida por la ecuación Civilización vs Barbarie, cuya frontera entre ambos términos intentó ser marcada físicamente por la dicha Zanja de Alsina. El proyecto contemplaba:

cavar una zanja circular de 1200 metros de largo que sirviera para contener los malones. [...] La excavación tenía tres metros de fondo por tres de ancho [...] Se llegaron a cavar más de quinientos kilómetros cuando las cosas empezaban a andar mal. (Piglia 1988, 47)

Las sucesivas inundaciones y las destrezas adquiridas de los indios para cruzar la zanja a caballo burlando sus dimensiones aletargaron el proyecto. Alsina muere y sucede que el General Julio Argentino Roca sepulta el proyecto sin terminar la zanja para evaluar sus resultados

y usó los recién importados Remington de repetición para resolver cristianamente el conflicto con los indios. Todavía se ve en la llanura la cicatriz de la zanja. Desde el mirador [...] de la casa parece el espinazo de un animal prehistórico. (Piglia 1988, 47)

Recupero tres momentos de la literatura argentina sobre la relación entre los blancos y los indios, teniendo en cuenta que dicha fórmula, Civilización vs Barbarie, fue constitutiva tanto de la historia como de la literatura argentina. Sin embargo, antes de la masacre del General Roca, en su avanzada más allá de las fronteras para ganar tierras de cultivo para la nación, hubo una convivencia relativamente pacífica entre blancos e indios; aunque con cierta reticencia por ambas partes de entregarse plenamente.

Habría que señalar la multiplicidad de sentidos que pueden atribuirse al concepto de frontera. Según Etienne Balibar: «no puede atribuirse a la frontera una esencia válida para todo tiempo y lugar, para todas las escalas de espacio y lugar, y en condiciones de incluirse de igual manera en todas las experiencias individuales y colectivas» (Balibar 2005, 77). Sin embargo, Balibar precisa que la discusión acerca de las fronteras debe involucrar necesariamente «la



institución de identidades definidas: nacionales y otras» (2005, 78) y considera que hay distintos tipos de identidades «o más precisamente identificaciones –activas y pasivas, deseadas y padecidas, individuales y colectivas– en distintos grados. Su multiplicidad, su carácter de construcciones o de ficciones no la tornan menos efectivas. Es evidente que esas identidades no están bien definidas» (77) y tampoco lo estarían, entonces, desde un punto de vista lógico o jurídico o nacional.<sup>5</sup>

En 1870 se publica *Una excursión a los indios Ranqueles*. Un fresco diseñado por Lucio V. Mansilla que otorga desde una perspectiva singular una descripción de las relaciones entre ambos lados de la frontera al sur de la provincia de Córdoba donde fue nombrado Capitán dada su condición militar. Como su hermana, Eduarda Mansilla, siempre tuvo una fuerte inclinación hacia las letras, así como hacia la historia y la filosofía. Sus notas, charlas traducidas a la escritura, sus *causeries* y sus novelas, tienen un lugar distinguido en el espacio cultural del siglo XIX, fundamentalmente, «como testimonio de una situación política y social» (Romero 1994, 85).

Mansilla fue criado en un hogar constituido en la tensión de las dos corrientes ideológicas antagónicas en la época. Su padre era partidario de los Unitarios y su madre, hermana de Juan Manuel de Rosas, Gobernador de la provincia de Buenos Aires (entre los años 1929-32 y 1935-52), uno de los personajes más representativos del partido Federal. Sin embargo, Mansilla da cuenta en sus escritos de situaciones que traslucen su indiferencia con relación a la política:

El negro del acordeón; aquel personaje inolvidable que en el campamento de Mariano Rozas (sic) el jefe ranquel, aguarda el regreso del tirano (Rosas) después de su caída, no comprendía a Mansilla cuando éste rechazaba su canción: 'Que viva la patria/ libre de cadenas/ y va el gran Rosas para defenderla'. Y le preguntaba desconfiado: '¿Usted es sobrino de Rosas?', 'Sí'; '¿Federal?', 'No'; '¿Salvaje?', 'No'; '¿Y entonces, qué es?' (Mansilla 1961, 12)<sup>6</sup>

Y en su escrito «Los siete platos de arroz con leche» confiesa Mansilla «Para mi Urquiza y Rozas [*sic*], Rozas [*sic*] y Urquiza eran cosas tan parecidas como un huevo a otro huevo» (Mansilla 1961, 17-18). Cabe aclarar que Justo José de Urquiza era el contrincante político de Juan Manuel de Rosas a quien derrotó definitivamente en la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1952.

Del primer diálogo se desprende que los negros, indios y blancos o criollos y gauchos convivían. El jefe de los indios ranqueles Mariano

<sup>5</sup> Para ampliar el concepto de 'frontera' puede consultarse Balibar 2005.

<sup>6</sup> Los federales llamaban 'salvajes' a los unitarios.

Rozas había sido criado por el tío de Mansilla, Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, de allí su nombre cristiano, Mariano; y con su nombre cristiano, llegó a ser jefe de su comunidad Ranquel. Asimismo, el «negro del acordeón» comparte su vida con los ranqueles y todos participan del diálogo. La canción se refiere a Rosas, cuyo gobierno era aplaudido por las clases más bajas de la escala social. Sin embargo, la noticia de su derrota en la batalla de Caseros no había llegado al negro cantor. Una anticipada conciliación entre la civilización y la barbarie.

De su mentada *Una excursión a los indios ranqueles*, una compilación de los escritos publicados en su origen a modo de folletín en el diario *La tribuna* de la época, se desprende la intención de Mansilla de fraternizar con los indios ranqueles, motivo por el cual organiza una expedición a las entrañas de una comunidad originaria. Varias escenas sostienen la idea de que Mansilla humaniza la historia y muestra con intención objetiva los avatares de la convivencia en la frontera. En su texto «La expedición» incluido en *Una excursión a los indios ranqueles*, pero también en la selección de *Los siete platos de arroz con leche* publicada por EUDEBA, Mansilla justifica su deseo de incursionar en las comunidades indígenas:

Hacía mucho tiempo que yo rumiaba el pensamiento de ir a Tierra Adentro. El trato con los indios que iban y venían a Rio Cuarto, con motivo de las negociaciones de paz entabladas, habían despertado en mí una indecible curiosidad. Es menester haber pasado por ciertas cosas [...] para comprender que una misión a los ranqueles puede llegar a ser que un hombre como yo, medianamente civilizado, un deseo tan vehemente, como puede ser para cualquier ministerio una secretaria en la embajada de París. (Mansilla 1942, 60)

Las relaciones entre los habitantes de ambos lados de la frontera no desestiman las formalidades diplomáticas: «El cacique Ramón, Jefe de las indiadas de Rincón, me había enviado a su hermano mayor, como muestra de su deseo de ser mi amigo» (Mansilla 1942, 62); incluso queda, integrada a las negociaciones, «la china<sup>7</sup> Carmen», joven mujer valiosa, amiga y confidente de Mansilla que intervendrá como *lenguaraz*<sup>8</sup> en las conversaciones entre ambas comunidades. «Carmen no fue agregada sin objeto a la comisión o embajada, (fue) en calidad de *lenguaraz* que vale tanto como un ministro plenipotenciario» (1942, 61). Asimismo, por la ayuda de Mansilla a un hermano del Ca-

<sup>7</sup> Cf.: «China: f. Mujer querida /2. Mujer aindiada (del quichua *china*: hembra, mujer). De uso despectivo o afectivo» (Conde 2010, 100).

<sup>8</sup> Cf.: «Lenguaraz: 1. aplicado a la persona que habla más de una lengua» (Moliner 1977, 239).

cique que estaba enfermo de viruela y se salva pese a los pronósticos negativos que: «Los indios quedaron profundamente impresionados, se hicieron lenguas alabando mi audacia y llamándome padre» (66). Mansilla no habría dudado en acercarse, levantar al hermano del Cacique en brazos y llevarlo del otro lado de la frontera sin considerar la peligrosidad del contagio. Sin embargo, la rivalidad obturada aflora: «fue un verdadero triunfo de la civilización sobre la barbarie; del cristianismo sobre la idolatría» (66).

Una muestra de la tradición bárbara de los ranqueles se pone en evidencia en una escena del fragmento «Los ranqueles» en la que se describe cómo un capitanejo,<sup>9</sup> a escondidas del cacique, exige a los expedicionarios la entrega de una «yegua gorda» (Mansilla 1961, 102): «Le entregaron la yegua, la carnearon, en un santiamén y se la comieron cruda, chupando hasta la sangre caliente del suelo» (1961, 103).

No queda fuera de la mirada inquisidora de Mansilla en el conjunto de textos en los que se propone describir la vida de los ranqueles, un fragmento sobre las cautivas y los cautivos; niños o adultos y mujeres que los indígenas raptaban cuando atacaban en malón<sup>10</sup> a las comunidades de ‘cristianos’ del otro lado de la frontera: «[...] los cautivos son considerados entre los indios como cosas» (Mansilla 1961, 135); así comienza el fragmento «Las cautivas», en el que se describen las condiciones paupérrimas de vida, de trabajo y de esclavitud, incluso sexual, a las que son sometidas las mujeres. No hay detalles sobre la vida de los hombres cautivos ni de niños. Sí se destacan las excepciones y las relaciones cruzadas de la que nacen los hijos mestizos. Una escena singular es la que relata el caso de una mujer raptada a los veinte años que había tenido tres hijos con el Cacique Ramón. Ya vieja, el cacique le concedió la libertad y le dio permiso para volver a su tierra natal para reencontrarse con su familia cristiana. Doña Fermina, así se llamaba, rechazó esa libertad concedida. Y aunque reconocía la bondad del cacique con quien tuvo sus hijos, se negó a abandonarlos. «-¿Y mis hijos señor?» «-Déjelos, son hijos de la violencia» [...] «-Mis hijos (el cacique) no quiere que los lleve [...] vivo como india; y francamente me parece que soy más india que cristiana» (Mansilla 1961, 138). La fórmula Civilización vs Barbarie comienza a desbalancearse; hasta podría pensarse que se configura un *oxímoron*: india y cristiana, dos términos que desde la colonia hasta el siglo XIX y XX eran irreconciliables.

En 1949, en *El Aleph*, Jorge Luis Borges publica «Historia del guerrero y la cautiva», texto en el que retoma y complejiza la dicotomía y la nitidez de los opuestos: traidor y héroe; civilización y barbarie.

<sup>9</sup> El sufijo *-ejo* indica la forma despectiva de la palabra capitán.

<sup>10</sup> Cf. «Malón (Hispan.) Ataque inesperado de los indios. María Moliner. Diccionario del uso del español (H-Z)» (Moliner 1977, 317).

El relato consta de dos partes en las que el escritor, con mucha as-tucia, imprime a la segunda historia una genealogía relacionada con Benedetto Croce sobre un personaje –Droctulft– que Borges consi-dera que pertenece «al tipo genérico que de él y muchos como él ha hecho la traición, que es obra del olvido y de la memoria» (Borges [1949] 1974, 557). En la literatura vernácula del siglo XIX, es famosa la traición del Sargento Cruz a las fuerzas de las milicias del estado para acompañar a Martín Fierro que era el ‘gaucho matrero’ perse-guido (Hernández 1960).

La segunda historia que presenta Borges en su cuento surge de la memoria de un narrador en primera persona, después de haber leído la historia de Croce sobre Droctulft. Se trata de un relato que la abuela inglesa del narrador le habría contado alguna vez. Esta his-toria narrada y reproducida tiene reconocidos rasgos de una ficción biográfica que el escritor se encargó de difundir y con la que Ricar-do Piglia configuró uno de los más famosos artículos críticos acerca de la obra de Borges; «Los dos linajes» (Piglia 1981, 87-95). La abue-la inglesa del relato de Borges estaba casada con un capitán de ape-llido ‘Borges’ (Borges [1949] 1974, 558), que era el jefe de una exten-sa frontera cuya comandancia estaba en Junín, ciudad de referencia real que aún hoy existe:

más allá, a cuatro o cinco leguas uno de otro, la cadena de los for-  
tines; más allá, lo que se denominaba entonces la Pampa y tam-  
bién Tierra Adentro. Alguna vez, entre maravillada y burlona, co-  
mentó su destino de inglesa desterrada a ese fin del mundo. ([1949]  
1974 559)

Sabemos que Borges, el escritor, estudiaba y seleccionaba con mucha dedicación cada adjetivo que colocaba en sus textos. En este caso, el ‘maravillada’ con el que se distingue la actitud de la abuela inglesa para definir su destino en la frontera, sugiere una atracción que, po-dría pensarse, es análoga al que confiesa Mansilla cuando argumen-ta su intención de adentrarse más allá de la frontera.

En su estadía en el ‘fin del mundo’, la abuela inglesa se encuentra con una joven india de origen inglés; un soldado las presenta: le dijo a la joven india que otra inglesa quería hablarle. «La joven in-dia vestía dos mantas coloradas e iba descalza; sus crenchas eran rubias. [...] En la cobriza cara, pintarrajeada de colores feroces los ojos eran de ese azul desganado que los ingleses llaman gris. [...] Venía del desierto, de Tierra Adentro y todo parecía quedar-le chico: las puertas, las paredes, los muebles». ([1949] 1974, 559)

La ‘india inglesa’ recuperó con dificultad su idioma natal, era de Yor-kshire, sus padres habían emigrado a Buenos Aires y ella los había

perdido en un malón. Casada con un capitanejo había tenido dos hijos y desechando toda posibilidad de volver a su pasado en Inglaterra, aseguró que era feliz. En el entretiem po, la abuela inglesa quedó viuda pero no dejó ese espacio borroso donde de vez en cuando las inglesas se cruzaban. Una vez, como «en un sueño» (Borges [1949] 1974, 559), la inglesa india apareció a caballo, y tal como habían hecho los ranqueles de Mansilla con la sangre de la yegua carneada, «se tiró al suelo y bebió la sangre caliente» ([1949] 1974, 559) de una oveja degollada en ese momento. La voz del narrador se internaliza y domina el relato «quizá mi abuela, pudo percibir en la otra mujer, también arrebatada y transformada por ese continente implacable, un espejo monstruoso de su destino...» ([1949] 1974, 559). Lo importante en este muestrario de opuestos que se desestabilizan es que el narrador aúna ambas historias; la del traidor que abandonó a los suyos y la de la inglesa, o ambas inglesas, que opta/n por el desierto arrebatadas - afirma el narrador- «por un ímpetu más hondo que la razón» ([1949] 1974, 560), imposible de justificar. Sin embargo, el narrador avanza y logra una síntesis, desde cierta perspectiva, irrefutable: «El anverso y el reverso de esta moneda son, para Dios, iguales» ([1949] 1974, 560).

Otro texto de Borges publicado en 1960 recupera la idea de la imposibilidad de discernir entre la civilización y la barbarie. Y lo expresa literariamente, una vez más, a partir de la figura retórica del *oxímoron*: 'un indio de ojos celestes'. Es un brevísimo texto titulado «El cautivo» con marcada forma de un relato oral -de certeza dudosa- sobre un hecho acontecido en la frontera: «En Junín o en Tapalqué refieren la historia» ([1960] 1974, 788); un niño habría desaparecido después de un malón. Muchos años después un soldado que venía de Tierra Adentro comentó haber visto 'un indio de ojos celestes'. Es de notar que tanto en los textos de Mansilla como en los de Borges los soldados del ejército de las fronteras formados por las clases bajas entre los que se encontraban mestizos, mulatos, negros funcionan como mediadores entre ambos territorios. El caso es que los padres del cautivo van a reencontrarse con ese indio blanco que ya había olvidado se lengua natal; pero se deja llevar sin resistirse hasta la puerta de la casa de su infancia:

Miró la puerta como sin entenderla. De pronto bajó la cabeza, gritó atravesó el zaguán y los dos largos patios y se metió en la cocina. Sin vacilar, hundió el brazo en la ennegrecida campana y sacó el cuchillito de mango de asta que había escondido ahí, cuando chico. Los ojos le brillaron de alegría y los padres lloraron porque habían encontrado su hijo. (Borges [1960] 1974, 788)

Como en su relato anterior, Borges devuelve al «indio de ojos azules» a su desierto. Como en su relato anterior, retoma la inestabilidad entre la recuperación del pasado y la fuerza de atracción del desierto:

‘éstasis’ ‘vértigo’ son palabras que se intercalan en la trama del relato. Quizá, después de leer sus cuentos sobre la cautiva y el cautivo se completa el sentido del adjetivo ‘maravillada’ que califica a la abuela inglesa cuando recuerda su experiencia en la frontera. Recordemos que ya en su relato «El sur», Borges imprime a su personaje Juan Dahlmann una amalgama entre un antepasado inmigrante formado intelectualmente, «un pastor de la iglesia evangélica» (Borges [1944] 1974b, 525) -Johannes Dahlmann-, y su otro abuelo, Francisco Flores, soldado muerto en campo de batalla lanceado por los indios del cacique Catriel.<sup>11</sup> Civilización y Barbarie. Europa y el fin del mundo. Libros y lanzas. El nieto de ambos, Juan Dahlmann, «en la discordia de los dos linajes» ([1944] 1974b, 525), define el narrador del relato, elegiría la muerte romántica de su abuelo lanceado. Pero Borges, en una genial estrategia literaria, agrega en este punto un sintagma entre paréntesis, casi escondido entre las líneas de su historia, que expresa la cara y cruz de la misma moneda: «Juan Dahlmann (tal vez a impulso de su sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico, o de muerte romántica» ([1944] 1974b, 525).

Las representaciones literarias acerca de las relaciones, complejas, plurales, entre comunidades originarias y las versiones del blanco, el criollo, el gaucho se suceden a través de las décadas. Es más, como señala María Teresa Gramuglio, el desierto es «una zona polémica y llena de repliegues en el sistema literario (argentino) recorrida por la controvertida antinomia civilización / barbarie» (1982, 27).

Una representación conflictiva en relación a esa zona inestable de fronteras, fortines, indios y soldados es el caso de la novela *Emma, la cautiva* de César Aira (1981). La narración en su devenir distorsiona todos los elementos relacionados con ese espacio, pero sin disolver los parámetros que lo hacen pertenecer al eje discursivo sobre el tema. Aira en su obra zanja los conflictos; y es así que la cautiva se desplaza por la pampa conviviendo en buenas relaciones tanto con indios como con los militares, rodeada de lujos y excentricidades. La imaginación y la ironía junto con el humor dominan el relato:

El desierto de *Emma, la cautiva*, se afirma en la fantasía y libera un discurso que, si por un lado exhibe su ruptura de la verosimilitud como una conquista frente a las limitaciones de la representación y la servidumbre del referente, queda por el otro atrapado -cautivo- en sus propia seducción [...] en la parcialidad de un gesto que hace de la exacerbación de un juego inventivo la clave de sus diferencias con otras *tendencias narrativas coexistentes y posibles*. (Gramuglio 1982, 28; énfasis añadida)

<sup>11</sup> Cipriano Catriel (1837-1874) el más importante de la dinastía Catriel que habitaban en la zona pampeana de la provincia de Buenos Aires.

En otro extremo de las «tendencias narrativas coexistentes y posibles» sobre el desierto y sus extensiones, se destaca una joven narradora y poeta, María Casiraghi, muy afín a la cultura y tradición de las comunidades indígenas de la Patagonia. Sus libros *Nomadía* (2010) y *Otro Dios ha muerto* (2016) privilegian las voces de los habitantes tehuelches y mapuches que aún conservan y protegen sus tradiciones ancestrales y tienen una relación en constante tensión con los gobiernos nacionales, tanto de Chile como de Argentina, por las tierras que consideran propias, pero, además, conviven de una u otra manera, en mayor o menor cercanía, con el blanco; el *huinca*, en su lengua. En *Nomadía*, una serie de relatos variados recogidos por Casiraghi en un viaje al sur de la Patagonia, dan cuenta de situaciones singulares que la autora presenta dándoles un marco explicativo sobre el origen, el lugar, el personaje que relata cada historia. Me interesa como ejemplo el que abre la serie porque tiene correspondencia con la experiencia que han vivido los hijos de los inmigrantes europeos. El primer relato de *Nomadía* se titula «Árida lengua» y reproduce la voz de una joven mestiza, que se caracteriza a sí misma 'paisana' y es «hija de una tehuelche pura que duerme y de un turco que no ha sabido volver» (Casiraghi 2010, 11). Desde niña, la joven quiso aprender la lengua tehuelche que le era escatimada, tanto por su madre como por quien la habría recogido por ser huérfana. Un abuelo, para ella. Un día descubrió que su abuelo cuando se emborrachaba hablaba en lengua tehuelche, entonces, ella lo emborrachaba para escuchar esa lengua que la aproximaba a su madre y la alejaba de la sociedad con la que compartía parte de su vida: «Decían [sus padres] que así no nos molestarían después. Yo no entendía porqué una lengua u otra podía determinar la vida que uno llevaba de grande» (9); y cuando su padre turco los abandonó, recuerda la joven en el transcurso de su relato: «Muchas veces intenté convencer a mi mamá cuando nos quedábamos solas de que me hablara en paisano ahora que éramos todos indios y nadie nos podía delatar. Mientras se lo pedía sabía que no me estaba escuchando» (9).

En *Otro Dios ha muerto*, Casiraghi entrega la voz narrativa a Petrona, una mapuche que expresa sus avatares y sus luchas. Quizá, podríamos rescatar, como metáfora y metonimia de su ser mapuche, la reiterada necesidad de conservar su lengua como cuenco de la existencia.

- Hay una casa que va a estar siempre, que no puede destruir ningún huinca si el mapuche no la olvida; esa es la casa del mapuche [...] el mapundungun. Si no dejamos que nadie lo derrumbe, si lo seguimos construyendo, adentro nuestro habremos vencido. [...] yo les digo, conserven la palabra y la historia de la palabra, esa será el arma más poderosa para defenderse en la vida. (Casiraghi 2016, 84)

El ser persona pasa por la lengua y configura dos posturas. Enfrentarse a otro para configurarse como un sujeto a partir esa mirada extrañada y aceptar la intrusión del lenguaje del otro en nuestro lenguaje que en nuestro caso por ejemplo sería el castellano rioplatense y su conjunción con las lenguas de los migrantes, y mantener así la vitalidad de las lenguas enriqueciéndolas, o cerrar las fisuras y conservar el idioma de los ancestros. Valoro la riqueza de lo que el otro puede aportar, es claro; siempre que las fuerzas de poder estén equilibradas.

### 1.3 Desde la poesía

Nos trajeron la lengua | ¡Teníamos ya tantas! || Y también un Dios  
| Miles nos sobraban. || Nos vieron cansados de tanto oro | y nos  
llenaron de cosas multicolores | Que parecían brillar de otro modo.  
|| Nos trajeron las viruelas, las ratas | y con ellas la peste bubónica.  
|| Y nos trajeron.

«Metamorfosis del desterrado» de Juan Octavio Prenz (2022, 89)